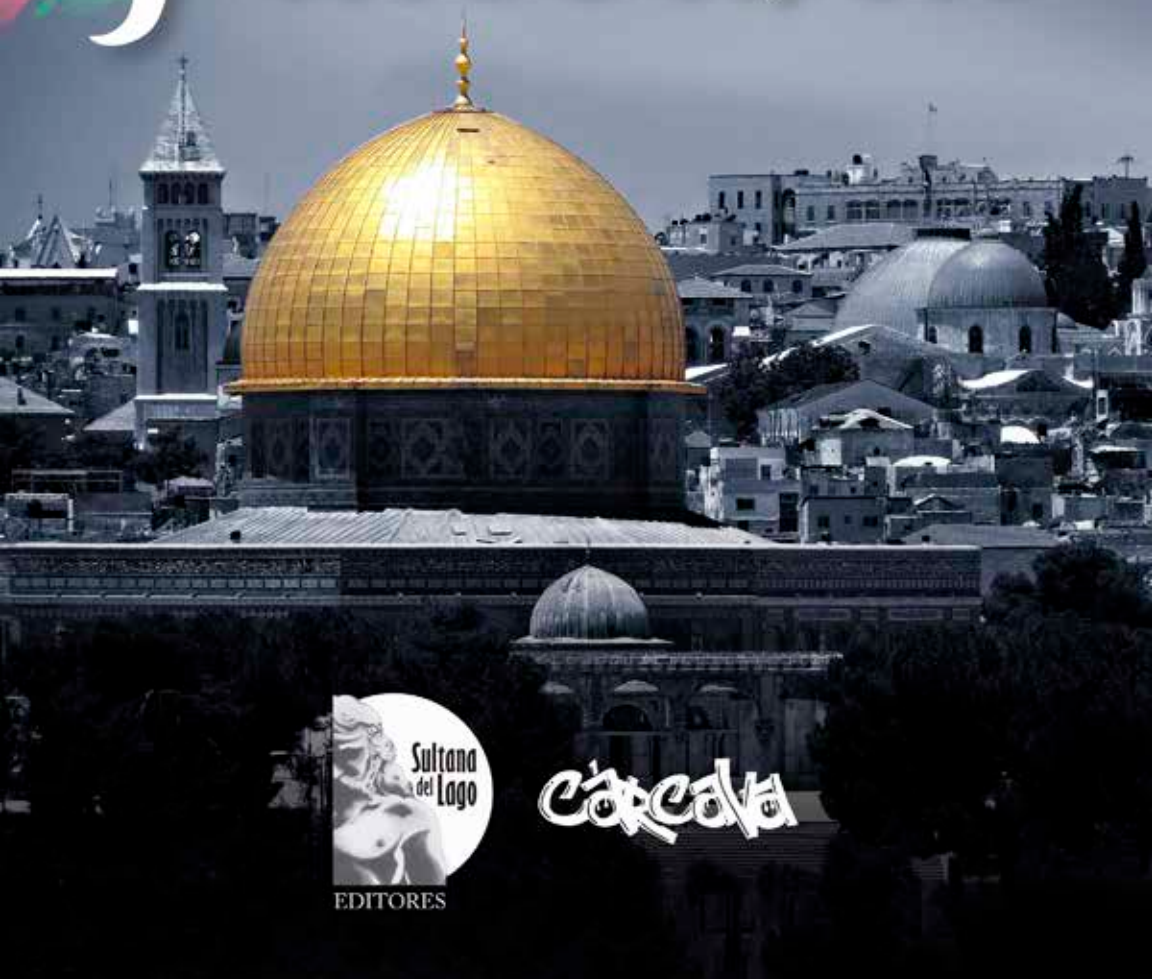


JEHAD YOUSEF

CRÓNICA DE SIETE DÍAS EN Palestina



Sultana
del Lago

EDITORES

Càrcava



EDITORES

JEHAD YOUSEF

CRÓNICA
DE SIETE DÍAS
EN
Palestina

cárcel

Créditos:

©Jehad Yousef

©Crónica de siete días en Palestina

Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com

+58 4246723597

Ediciones Cárcava

www.revistacarcava.wixsite.com/inicio

+58 4148861556

Maracaibo, 2022

PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798351578019

Cuidado de la edición:

Ediciones Cárcava

Diseño interior y portada:

Rabelt Mujica

Imágenes cedidas por el autor

Salvo por lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriera en la conducta impropia señalada, podría ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos 119 al 124 eiusdem, constitutivos estos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Índice

A manera de introito	11
Primer día	
☞ De regreso a los orígenes	17
Segundo día	
☞ Dios no es un agente inmobiliario	27
Tercer día	
☞ A 15 minutos de la felicidad	35
Cuarto día	
☞ ¡Adorar a Dios en los lugares sagrados!	43
Quinto día	
☞ El viaje al mar	53
Sexto día	
☞ El muro de la vergüenza	61
Séptimo día	
☞ La partida	67
Fin del viaje	75







“A mi madre Hanieh, mi cuna, mi nido, mi escuela,
mi refugio, mi cómplice, mi infinito amor,
quien descansa en paz”.

A manera de introito

Antes de la Primera Guerra Mundial, Palestina, como el resto de los países árabes, estaban ocupados por el imperio turco. Sus habitantes, de diferentes religiones, convivían en paz y con igualdad de condiciones.

A raíz del primer congreso de los judíos europeos, organizado por el movimiento sionista y celebrado en Suiza, en 1896, decidieron buscar y construir un hogar nacional para ellos. Su mirada estaba concentrada en varios países como Uganda (África), Argentina (América del Sur) y Palestina (Asia). Para eso enviaron una comisión a cada país para estudiar la factibilidad de su ambicioso proyecto. Después de revisar los diferentes informes escogieron a Palestina como el mejor candidato.

Los ingleses necesitaban el apoyo y el dinero del capital judío para llevar a cabo su Primera Guerra Mundial contra Turquía, en Oriente Medio, con el compromiso de otorgarles un ho-

gar nacional para los judíos en Palestina y así fue la promesa de Arthur Balfour, canciller británico en 1914. Inglaterra y Francia derrotaron a los turcos y se apoderaron de Oriente Medio, una parte de Asia y África.

Palestina cayó en manos de los ingleses y comenzaron a facilitar las emigraciones masivas de judíos europeos a Palestina, donde se les entregaban armas y terrenos confiscados a los campesinos palestinos.

Los judíos comenzaron a crecer y expandirse poco a poco, construyendo los *kibutz* (granjas agrícolas) para recibir más inmigrantes judíos, además formaron bandas armadas para aterrorizar y atacar a los campesinos palestinos, todo eso bajo la mirada y protección de los ingleses.

En 1936 estalló la revuelta popular palestina contra los ingleses y los nuevos colonos judíos, con una huelga general que duró tres años. Esta fue reprimida salvajemente por los ingleses.

A raíz de la Segunda Guerra Mundial miles de judíos emigraron a Palestina.

Los ganadores de aquella guerra formaron la Organización de las Naciones Unidas (ONU), y esta, en una resolución arbitraria, número 181,

y sin consultar a los palestinos, decidió dividir a Palestina en dos Estados: uno judío, sobre el 55 % del territorio palestino, y otro árabe, sobre el 45 % restante, y la capital Jerusalén bajo una administración internacional. Los judíos aplaudieron esta decisión y aceptaron el dominio de una tierra que nunca les perteneció.

Los palestinos rechazaron esta resolución que les quitaba el 55 % de su tierra y el peligro que representaba establecer un estado colonial en Palestina.



Mapa de Palestina: 1878-2008.

Mientras Inglaterra preparaba su retirada de Palestina, comenzaron los ataques de las bandas terroristas judías contra la población palestina desarmada y sin ejército. Ni siquiera hubo la intervención de algunos de los ejércitos árabes (aparte de falta de preparación, armamentos obsoletos y oxidados, había órdenes de sus líderes, títeres de los ingleses, de no avanzar hacia las zonas donde estaban las bandas terroristas judías). En este momento comenzó la *Al nakba* o catástrofe palestina, donde se expulsó a más de 750 mil palestinos obligándolos a vivir en campos de refugiados en los países aledaños (Jordania, Siria, Líbano, Iraq, Gaza y Cisjordania), en condiciones infrahumanas, originando la destrucción de 530 aldeas y el dominio de los grupos terroristas judíos sobre el 78 % del territorio palestino. Las matanzas y la expulsión se mantuvieron durante seis meses, desde diciembre de 1947 hasta mayo de 1948. El 15 de mayo se declaró el nacimiento del estado Israelí sobre los cadáveres, el dolor y sufrimiento del pueblo palestino.

Cisjordania y Jerusalén oriental quedaron bajo la administración jordana y la franja de Gaza bajo

la administración egipcia; así se pretendió borrar la identidad nacional del pueblo palestino.

El 5 de junio 1967 las fuerzas de ocupación israelí terminaron de tomar Cisjordania, Jerusalén oriental y la franja de Gaza.

En aquellos días de terror yo tenía apenas 9 años. En mi memoria están las imágenes de los soldados y los tanques israelíes cuando entraron a mi pueblito, obligándonos a permanecer bajo toque de queda por más de seis meses. Muchas familias se dispersaron y otras se desplazaron a pie por las fronteras de países vecinos.

Israel no solamente ocupa el país y confisca las tierras, también sigue con su plan de limpieza étnica expulsando, asesinando, encarcelando a los que se resisten a la ocupación. Por resistir a la ocupación colonial muchos países y gobiernos nos tildan de terroristas.

Se restringió la libre salida y el retorno a los palestinos, nos quitaron la ciudadanía y nos entregaron un carnet para circular con la autorización del gobernador militar. Con leyes racistas, el palestino puede salir con un permiso de tiempo limitado en el extranjero; si no regresa en el

tiempo estipulado pierde todos los derechos de propiedad y retorno a la patria.

Yo fui víctima de estas leyes racistas, como millones de palestinos, y luego de 20 años decidí visitar de nuevo a mi familia y a mi país.

Esta es la crónica de ese regreso a mis orígenes.



Bandera y escudo de Palestina.

Primer día

De regreso a los orígenes



Soy palestino. Mis padres, abuelos, tatarabuelos y hasta el primero en la lista de mi árbol genealógico son palestinos.

Nací en un pequeño pueblo, en el seno de una familia campesina que ama a su tierra igual a como se ama a un hijo. Mi único alimento en los primeros meses de vida fue del pecho de mi madre, una mujer palestina, y en Palestina. Allá brotó mi primer diente de leche. Allá gateé, caminé, corrí. Mi primera herida y mi primera cicatriz en la frente también fueron allá. Mi primer día de colegio, mi colegio, mi pelota de fútbol, mi equipo de fútbol. Mi primer canto y mi primer amor. Es allí donde comenzó mi infancia y mi vida.

Es allí donde conocí a los soldados israelíes ocupando mi pueblito.

Allí terminé mis estudios de bachillerato. Y de allí salí para estudiar en España.

Al finalizar mis estudios, traté de regresar a mi patria Palestina para encontrarme con el calor de mi casa y el amor de mi familia. Pero el Estado israelí, que no respeta los derechos humanos y no protege a los civiles bajo la ocupación, me negó el derecho del retorno

a mi querida patria. Así comenzó mi exilio y mi odisea. Anduve por el mundo con un pasaporte prestado del gobierno jordano –por 20 años–, sin poder regresar a casa y reencontrarme con mi mamá.

Adquirí la nacionalidad venezolana. Logré, como venezolano, entrar como extranjero con visa de la embajada israelí en Caracas, antes de ser cerrada por el presidente Chávez.

Fue un 23 de julio de 2006 cuando inicié mi viaje de vuelta a Palestina. Chequeé mi maleta en el aeropuerto de Maiquetía, Caracas; destino del vuelo: Tel Aviv. Entre el cansancio, la nostalgia y la incertidumbre, aterricé en la mañana del día siguiente en París. Después de cuatro horas de escala me dirigí a la puerta 17 para el embarque. Presenté mi *boarding pass* y mi pasaporte. La trabajadora de la línea aérea israelí, El Al, me pidió que saliera de la fila y se quedó con mis documentos.

Cinco minutos después se presentó un oficial de la seguridad del avión. Me llevó a la pista donde estaba el avión, y en el suelo vi mi maleta entre otras cuatro más. Me pidió que abriera la mía, la revisó minuciosamente, después la cerró, la marcó con una cinta roja y me llevó a una oficina donde comenzó a interrogarme desde la A hasta la Z. Así fue también la suerte de las otras cuatro maletas y sus respectivos dueños.

El avión despegó rumbo a Tel Aviv. Me tocó sentarme al lado de una mujer, dueña de una de las cinco ma-

letas. El silencio era nuestro guardián. Ella comenzó a leer un libro en inglés y mi mente comenzó a leer mi infancia, mi adolescencia, mi pueblo y mi familia.

Ambos rompimos el silencio con el primer refrigerio. Ella, palestina emigrante en EE.UU., y yo, palestino emigrante en Venezuela. Hicimos un comentario sobre lo que pasó con nosotros y con las maletas en París:

–Jehad, tranquilo. Es el *modus operandi* de ellos con nosotros, porque me lo hacen todas las veces que vengo a ver a mi familia.

–¿Por qué solamente a nosotros?

–Simplemente porque somos palestinos, porque llevamos nombres árabes –dijo sonriente.

–Fátima, pero tú tienes pasaporte norteamericano, y el mío es venezolano.

–Hermano, a Israel no le importa el pasaporte que llevamos, le importa la sangre que corre por nuestras venas. Te vigilan y te persiguen por tus raíces. Además, esto no es nada, lo peor vendrá cuando aterricemos en Tel Aviv. Seguro nos esperan con una sorpresa diferente. Pero tranquilo, hermano, es el precio que tenemos que pagar por ser palestinos.

Ella es de un pueblo de la provincia de Ramala y yo de la provincia de Nablus. Ambas distan del aeropuerto unos 45 minutos en carro. Las familias palestinas no pueden llegar al aeropuerto para recibir a sus familiares.

Horas más tarde aterrizó el avión y, antes de anunciar la salida de los pasajeros, apareció un oficial israelí con lista en mano. Comenzó a llamar: «Fátima, Jehad, Mohammed, Kamal, Salma... Manténganse sentados hasta la salida de todos los pasajeros».

Fátima ya conoce la práctica: «Nos van a interrogar y registrar nuestros cuerpos y maletas; y si nos dejan entrar al país, será tarde en la noche. De todos modos, el que sale primero, espera al otro a la salida», dijo ella. Con un «suerte» y un «hasta luego» nos despedimos.

Al llegar al puesto de migración, se presentó una oficial y me llevó donde están las cinco maletas. Después llegaron Kamal, Fátima, Salma y Mohammed. Era una sala amplia, rodeada por cuartos identificados con sus respectivos números.

Me llamaron del cuarto número 7. Entré con mi maleta. El oficial la vació encima de la mesa y comenzó a examinar pieza por pieza, sin decirme una sola palabra. Al no encontrar nada que le pudiera preocupar, se retiró del cuarto. Acto seguido entró una joven de piel blanca, ojos verdes y estatura mediana, con un español perfecto y un acento argentino inconfundible.

Comenzó su interrogatorio y entre tantas preguntas y respuestas, me preguntó:

—¿Dónde naciste?

—En Palestina.

—¿Querrás decir Israel?



Uno de los numerosos puntos de control de los judíos.

–No, en Palestina.

–Palestina no existe ni existirá, ni en el sueño de ustedes.

Tragué saliva y aguanté la puñalada, no por miedo a ella o a ser detenido, sino para evitar que me deportaran y no poder ver a mi familia y volver a transitar por mi pueblito y mi infancia.

–Y ¿por qué venís para acá, si en Venezuela hay muchos lugares bonitos para vacacionar?

–Es verdad, en Venezuela hay muchos lugares bonitos, pero yo no vengo como turista, vengo a ver a mi

familia después de 20 años de separación forzosa, vengo a afirmar mi existencia, vengo a renovar la memoria.

Y tuve el coraje de preguntarle:

–¿Desde cuándo te trajeron de Argentina y por qué dejaste tu Argentina y viniste a vivir en Israel?

–Por ser judía tengo el derecho de ser israelí y dejé la Argentina hace 4 años.

La oficial anotó la dirección de mi familia, me entregó mis documentos y dijo vete, si te necesitamos te vamos a buscar a tu casa o te enviaremos una citación.

Ya era de noche, al salir de la puerta principal encontré a Fátima esperándome. Los palestinos que viven en Cisjordania, ocupada en 1967, no pueden ir o viajar por el aeropuerto de Tel Aviv, ocupada en 1948. Por lo tanto, Fátima y yo no teníamos quien nos espera en el aeropuerto.

Fátima me pidió que la acompañara a su pueblo en el mismo taxi porque no se sentiría segura de viajar de noche con un taxista israelí y pasar por todos los puntos de control o *check-point*. Contratamos un taxi, con tarifa doble porque era de noche, primero a Ramala y luego a Nablus.

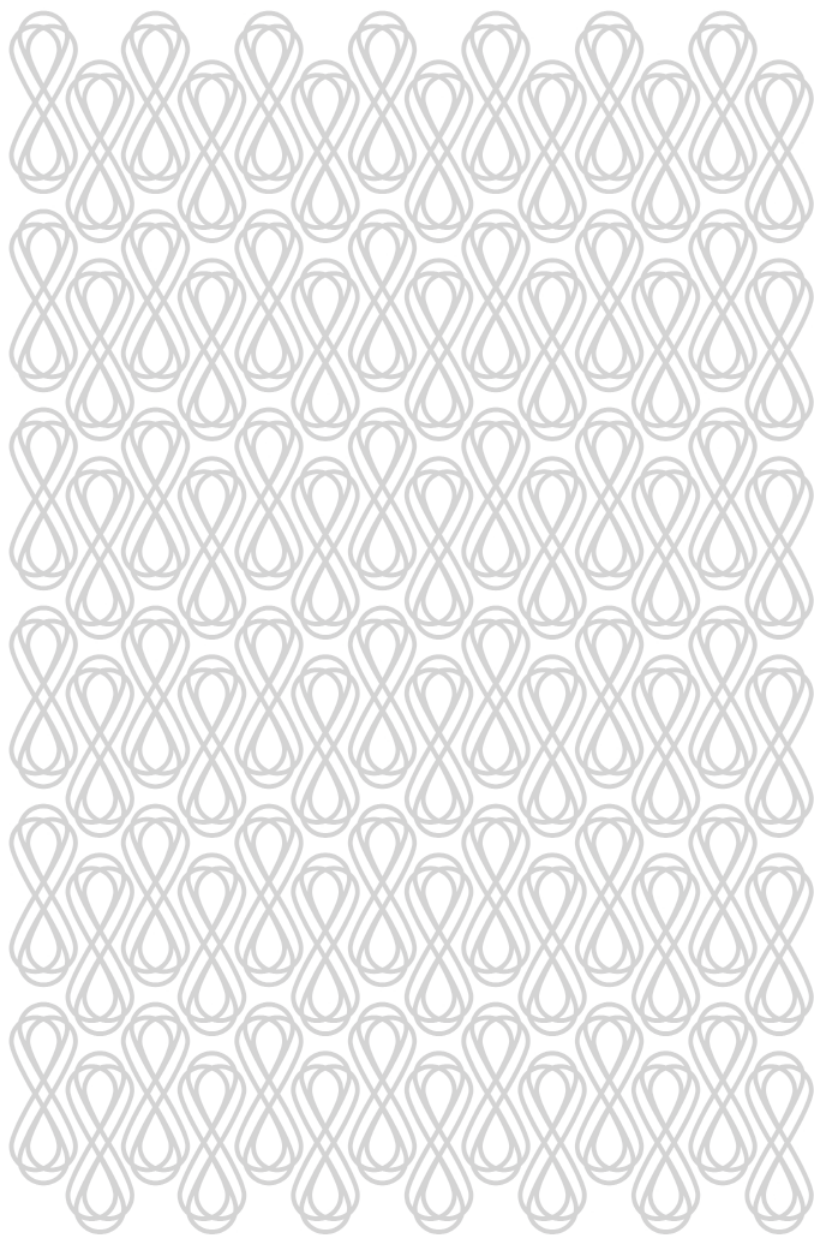
Los dos llevamos pasaportes extranjeros y esto ayudó mucho para pasar por los puntos de control.

Desde que llegué al aeropuerto hasta que logré llegar a mi casa pasaron siete largas horas de impotencia y indignación.

Ironías de la vida y de política de apartheid del Estado de Israel: a nosotros, los nativos de Palestina, no nos respetan el derecho a vivir en nuestra tierra, junto a nuestras familias; sin embargo, un americano, un europeo, un asiático o un africano, por el hecho de ser judío, se arroga el derecho de robarnos nuestras tierras, expulsarnos de nuestras casas y vivir en ellas. ¿Ellos creen que Dios o el Holocausto les dieron licencia para matar, robar, expulsar, humillar? ¡Qué vergüenza!



Jehad Yousef en 1983, lejos de su patria y sin poder regresar a ella.



Segundo día

**Dios no es un agente
inmobiliario**



Después de una larga ausencia y de un largo viaje, entre abrazos, caricias, lágrimas y tantas preguntas, mi familia y yo despedimos el día para un nuevo amanecer. En esa mañana del 25 de julio, desde mi ventana vi a mi madre en su jardín, escuché sus cantos de nostalgia y amor. En una mano tenía una cesta hecha de ramos de olivo y con la otra estaba recogiendo higos y uvas. Bajé para ayudarla y tomar el café en el jardín. Levanté mi mirada a la colina de enfrente donde hacía muchos años aramos y cultivamos nuestra tierra. Pregunté:

–«Madre, ¿nuestro pueblo creció tanto?».

–«¿Por qué dices eso, mi amor?», respondió.

–«Porque en la colina hay muchas construcciones, incluso modernas, ¿no ves?». Ella suspiró y dijo:

–Hijo mío, esas casas que ves son un asentamiento israelí; nos confiscaron las tierras para construir casas y traer más judíos a Palestina, para ahogarnos y aterrorizarnos más. Sin nuestra tierra y cultivo nos quedamos más pobres. Y las veces que protestamos nos golpean y nos detienen y nos llaman terroristas ¡¡¡y dicen que ellos actúan en su legítima defensa!!! Hijo mío, una vez salí a protestar porque nos quitaron nuestra tierra; vino

el ejército israelí, nos lanzó unas bombas lacrimógenas y me llevaron al hospital casi asfixiada. Y lo más grave es que vienen con un camión y sueltan unos cerdos grandes para que devoren y destruyan nuestros cultivos. Y nadie les dice nada. ¿Qué podemos hacer, hijo?

–Entonces, aquellas hectáreas donde sembramos olivos, ¿también las confiscaron?

–Sí, también nos las quitaron, dijo con mucha tristeza y la voz entrecortada.

El estado de ocupación colonial y sus colonos toman y confiscan las tierras de los campesinos palestinos sin previo aviso, las cercan con alambre de púas y construyen asentamientos para colonos que provienen de todo el mundo. Estos colonos son extraños a nuestra tierra.



Nuevas construcciones de los asentamientos judíos.

Olivos, almendros, cultura e historia están sembrados en nuestra tierra. ¿Cómo injertar un elemento extraño en un cuerpo de un ser humano? Si no lo sacas, causa mucho daño, incluso la muerte. Pero la resistencia de nuestro pueblo, que está aferrado a su tierra e historia, tarde o temprano rechazará, repudiará y vencerá a estos ladrones colonialistas. La relación de amor entre la tierra, los árboles, las piedras y sus verdaderos dueños volverá de nuevo.

De pequeño, ¿cuántas veces lloramos en casa por haber perdido un árbol de olivo incendiado por los colonos o por actividades destructivas del ejército de ocupación?

Esa misma tarde invité a mi madre a dar un paseo. Con mucha alegría me tomó de la mano y caminamos hacia la colina. De pronto dijo: «Hijo mío, tenemos que regresar, no podemos seguir porque no nos dejan llegar hasta la colina». Le respondí: «No te preocupes, tengo pasaporte extranjero, no se van a meter conmigo. Y tú eres una señora mayor, tampoco te molestarán», además vamos a visitar los olivos que sembramos antes de marcharme de Palestina.

Al llegar al portón con alambre de púas, un soldado con el dedo en el gatillo gritó: «¡Deténganse, no pueden acercarse!». Le dije: «Venimos a ver nuestros olivos». Con mucha furia gritó: «No tienen nada aquí, esta tierra es propiedad de los colonos». Le objeté: «Pero

nosotros no la hemos vendido ni la hemos regalado a ustedes y tenemos los títulos de propiedad». El soldado replicó con voz amenazadora: «Te dije, esta tierra nos pertenece, vete de aquí, no tienen que buscar nada».

Me senté en una piedra y lloré... lloré, porque no poder ver, tocar y oler los árboles que sembramos años atrás es la misma sensación de tener a un hijo secuestrado, que está muy cerca, hasta lo puedes ver, pero te separan de él soldados armados, con cerca de alambre de púas, sin poder olerlo, hablarle y abrazarle.

Diez minutos más tarde apareció un jeep del ejército de ocupación israelí, a la fuerza nos metieron en él y nos dejaron en la plaza del pueblo.

Mi madre estaba indignada porque los deseos de su hijo fueron frustrados, pero siempre trató de darme ánimo. Al llegar a casa preparó un café y dijo: «Hijo, esta no es la única colina robada. Mañana, si vas a la ciudad, vas a ver muchos asentamientos sembrados en otras colinas. Nos están rodeando, nos están asfixiando. Dicen que esta tierra les pertenece porque les fue prometida por Dios». «No creo –le contesté– que Dios sea un agente inmobiliario, ni que quita la tierra de unos para darla a otros. Tampoco preferiría a un hijo más que a otro. Eso es contrario a la justicia de Dios».



Los viejos olivos detrás de la cerca de púas.

Antes de los nefastos acuerdos de Oslo entre Israel y la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) en 1993, que hablaban de la necesidad de parar la expansión de los asentamientos, en las zonas de Cisjordania había 75 mil colonos, 15 años más tarde se encuentran 800 mil colonos para llegar a un millón en los dos próximos años.

Israel es el único estado que le da la espalda a los acuerdos y resoluciones de la ONU y actúa como guapetón de barrio.

Tercer día

**A 15 minutos
de la felicidad**



Temprano en la mañana, tomando el café con mi madre, le pregunté sobre los familiares que no vinieron a visitarme. En Palestina es costumbre y manifestación de amor que los familiares y amigos vayan a la casa de una persona a despedirla cuando esta se va de viaje fuera del país; lo mismo sucede cuando regresa de viaje, y sobre todo después de una ausencia de muchos años. Todo el mundo lo recibe con ceremonia de bienvenida.

—¿Dónde está el sobrino Walid? ¿Dónde está el primo Hussam?

—A Hussam le llevaron preso desde finales de la primera intifada, fue condenado a doce años de prisión, le faltan dos años para su libertad. Walid tiene siete años de estar preso bajo el régimen de detención administrativa, no sabemos cuándo lo van a soltar. El caso de Walid es más complicado que el de Hussam, porque no está acusado y, por lo tanto, no puede ser juzgado. Cada tres meses el gobernador militar israelí le renueva su detención. Tiene meses sin recibir visitas familiares, lo trasladan de una cárcel a otra. Quiera Dios que lo liberen pronto.

(-Miles de palestinos son detenidos sin motivo ni acusación porque no hay pruebas, ni juicio porque no hay acusación; es una ley heredada de los ingleses cuando ocuparon a Palestina.

-El 40 % de los palestinos mayores de edad han estado encarcelados por Israel, sea por un día, una semana, un mes, un año e incluso a cadena perpetua.

-Los niños y mujeres no escapan de estas prácticas).

-Y mi sobrina Hanin, ¿por qué no vino a verme?

-Ella debe estar loca por verte, pero está en la ciudad de Nablus estudiando en la universidad.

-¡Pero si Nablus está a 15 minutos en carro!

-Sí, es verdad, pero por los *checkpoints* no puede venir, por temor a no poder regresar a clases; si se queda atrapada en el pueblo puede perder el año. Tuvo que alquilar una habitación en la ciudad para evitar la molestias de los puntos de control, porque a veces tiene que pasar 4 o 5 horas en el *checkpoint*, y eso si la dejan pasar. Eso le ocasiona más gastos a sus padres. Pero tranquilo, seguramente antes de que te vuelvas a Venezuela la vas a ver.

-Entonces, ¿qué te parece si mañana vamos a verla en la universidad?

-No, mi hijo, yo no aguanto estar 4 horas en una cola bajo el sol y no tengo paciencia para soportar las burlas y humillaciones de los soldados israelíes.



Los puntos de control imposibilitan la vida cotidiana de los palestinos.

–Bien, si tú no me acompañas voy solo.

–No, solo no; si quieres ir a ver a tu sobrina Hanin, lleva contigo a su hermana Ruba, ella conoce la dirección.

Al día siguiente, como a las 7 de la mañana, Ruba y yo tomamos un taxi y siete minutos más tarde llegamos al primer *checkpoint*. Bajamos y nos pusimos en la cola. Algunos comentaban: «Ojalá hoy tengamos suerte y podamos pasar». Una mujer embarazada se quejó: «Es la tercera vez que me devuelven y no puedo llegar a la cita de control de mi embarazo». Otro joven dijo: «Perdí mi examen el día de ayer». Otro se lamentó: «Llevo dos días sin poder llegar a mi trabajo».

Estuvimos dos horas esperando. La cola avanzaba, pero a la vez se hacía más larga porque llegaban más personas. Vi que algunos pasaban la alcabala y otros tenían que volver. Se nos acercó uno de los que hicieron regresar y le dijo a Ruba que, si ella lograba pasar, le hiciera el favor de comprar unos medicamentos que él necesitaba para la tensión, porque ya se le terminaron todos.

Cuando nos tocó el turno saqué mi pasaporte venezolano y lo enseñé al soldado. Sin vacilar dijo: «Bienvenido a Israel, pase adelante». Le dije: «Solo si mi sobrina también pasa», y señalé a Ruba. Después de chequear sus documentos y hacerle las preguntas de siempre, la dejó continuar el viaje. Tomamos otro taxi, mi sobrina me comentó contenta: «Tío, esta es la cola

más rápida que hago desde hace tres años, seguramente tu pasaporte extranjero salvó la situación».

A la entrada de la ciudad se encontraba otro *checkpoint*. La cola era más corta, pero la misma práctica y la misma humillación. Tomamos el tercer taxi y llegamos a la ciudad alrededor de las 11 de la mañana. Sin contratiempos, este recorrido normalmente toma 15 minutos.

Mi sobrina me llevó a una farmacia para comprar las medicinas del señor a quien devolvieron en la primera alcabala. Después fuimos a buscar a Hanin a la puerta de la universidad. Nos saludó con mucha emoción y alegría, nos abrazamos una y otra vez. Las lágrimas brotaban, algunas mojaban las mejillas y la boca y otras regaban la tierra. Agarrados de la mano caminamos los tres para comer mi dulce favorito, *knafe*, típico de la ciudad de Nablus.

Hanin, con el intenso brillo de sus ojos negros, me contó con voz desafiante: «Bajo la ocupación dormimos por la noche, pero no sabemos si en la madrugada allanan nuestras casas y nos llevan detenidos. No sabemos si al día siguiente podremos llegar a nuestro trabajo, a nuestra universidad, al hospital. Muchas mujeres, casi 70, parieron en la ambulancia, en el taxi o haciendo la cola en el *checkpoint*, corriendo peligro las madres y los recién nacidos. La gente que tiene mucha necesidad de llegar a la ciudad toma un atajo en la montaña,

montando un burro, bajo la inclemencia del sol y la lluvia. ¡Esto no es vida! Podrán humillarnos, hacernos la vida imposible, pero de aquí no nos marcharemos, no nos vamos. Tampoco nos vamos a rendir. Nos preparamos como profesionales, siempre lucharemos contra la limpieza étnica y el colonialismo israelí».

En Cisjordania, las fuerzas de ocupación colonial tienen instalados 563 puntos de control ubicados en todas las calles, entradas y salidas de las ciudades y pueblos. El israelí no pasa por estos puntos porque tiene otras carreteras o caminos que el palestino no puede transitar.

Los puntos de control tienen varios objetivos:

- Bloquear el libre tránsito de los palestinos.
- Hacerle la vida difícil al palestino para ir al trabajo, estudiar, ir al médico, vender sus productos.
- Humillar a la gente.
- Detener y asesinar.
- Asfixiar a la población para obligarlos a abandonar el país.

Cuarto día

**¡Adorar a Dios
en los lugares sagrados!**



Qnvité a mi madre y a otros familiares a visitar los lugares santos de Belén y Jerusalén. Mi casa está a 60 kilómetros de Jerusalén, una hora en carro. Pero para mi familia son 4 horas, por el exceso de la presencia de los puntos de control hasta llegar a la ciudad de Ramala.

Mi madre me aclaró que el ciudadano palestino mayor de 50 años necesita un permiso especial del gobernador militar israelí para ir a adorar a Dios en Jerusalén o Belén. Y a los menores de 50 años no les dejan ni entrar a estos lugares santos. En el apartheid sudafricano se le prohibía a la mayoría negra a transitar por todo el país, sobre todo en las zonas donde estaban los blancos. Bajo el régimen del apartheid israelí se les prohíbe a los palestinos transitar y visitar su mar, sus lugares sagrados y nuestra capital Jerusalén.

Le propuse: «Acompáñame por lo menos hasta Ramala y allá veremos cómo llegar a Jerusalén».

Al día siguiente, temprano por la mañana, nos dirigimos a Ramala en compañía de un primo de mi edad que quería visitar Jerusalén. Al llegar al punto de control que separa Ramala de Jerusalén le pedí a mi primo que esperara allí, y con mi madre me monté en un carro de placa

amarilla (las placas amarillas son para los carros israelíes y las azules para los palestinos; segregación igual que bajo el régimen del apartheid de Sudáfrica).

Sin bajar del carro saqué mi pasaporte venezolano, lo enseñé al soldado israelí y le dije: «Esta anciana es mi madre y va conmigo». La respuesta fue: «¡Bienvenido a Israel, pasen adelante!».

En la próxima parada dije a mi madre: «Tenemos que bajar aquí, me vas a esperar porque voy a regresar a buscar a mi primo a ver si logro pasarlo». Mi madre temerosa dijo: «Si se dan cuenta no te van a dejar regresar y me quedaré sola en esta parada, ¿y qué voy a hacer después?».



Otro punto de control.

La calmé y regresé en otro carro al punto de control. Mi primo me explicó que para llegar a la parada donde mi madre nos estaba esperando debíamos ir a pie por un atajo, lejos del punto de control, detrás de una colina y escondiéndonos entre los árboles. Burlando los puntos de control en media hora llegamos donde mi madre nos esperaba con impaciencia.

Llegamos a la puerta principal de la Ciudad Vieja de Jerusalén, donde están todos los lugares santos (musulmanes, judíos, cristianos). Caminando por las calles angostas repletas de visitantes y los vendedores ambulantes con las tiendas artesanales me entraron los recuerdos y la añoranza de mi infancia de hace 30 años, cuando venía a Jerusalén con mi madre.



La Catedral de La Roca, en la Ciudad Vieja.

Caminamos por la Vía Dolorosa hasta el Santo Sepulcro. Luego nos dirigimos a la mezquita de Omar y a la Cúpula de la Roca. Al llegar a la puerta los soldados israelíes registraron los bolsos y los cuerpos. Yo estaba preocupado por mi madre y primo porque ellos no tenían permiso.

En la cola justo delante de mí había una mujer palestina con su vestido típico bordado a mano con una belleza extraordinaria; creo que tenía unos 70 años. Sacó su carnet de identidad y lo entregó al soldado israelí. Aquel, sin revisar la identificación de la señora, le preguntó: «¿A dónde va?». Enojada y burlona le contestó: «A París, ¿no te das cuenta de que delante de mí está París? Estúpido mal parido, ojalá Dios te reprima».



Una panorámica de la Ciudad Vieja con el Muro de Los Lamentos al fondo.

El soldado quedó perplejo, con la cara roja; al parecer se dio cuenta de que su pregunta era estúpida y le entregó a la mujer su carnet. Gracias al coraje de ella, a mi madre y primo no les pidieron los documentos.

Llegó la hora del rezo musulmán. Mientras la multitud estaba rezando, los cuerpos de seguridad israelí los rodeaban, a pesar de que los fieles en su gran mayoría eran personas de la tercera edad.

A mí me entró la curiosidad de cruzar al otro lado de la muralla, para ir al Muro de los Lamentos. Pedí permiso a mi madre; con una bendición y «ten cuidado» me autorizó. La dejé en la mezquita y me dirigí al Muro de los Lamentos. Antes de entrar compré una gorrita para taparme la cabeza como lo hacen los judíos (¡¡¡palestino con gorra judía!!!). Al llegar al muro vi que los hombres (no así las mujeres) entraban a una cueva a la izquierda; sin levantar ninguna sospecha seguí los pasos de ellos.

En la cueva estaban los hombres rezando y cada uno tenía un libro o una hoja; a mano derecha había un hueco gigante con velas y los fieles tiraban dinero allí. Saqué un billete y lo lancé al hueco y enseguida me retiré del lugar. Me senté en un murito contemplando la llegada y salida de la gente. A mi lado se sentó un señor de baja estatura, canoso, delgado y con una piel tri-gueña. Comenzó a hablarme en hebreo, idioma que yo no entendía. Se dio cuenta de eso y me preguntó: «*You*

speak english?». «*No, I speak spanish and arabic*», le respondí. Y así continuamos la conversación:

–¿De dónde es usted?

–De Nablus. ¿Y usted?

–De aquí de Jerusalén, exactamente del barrio judío.

–¿En Jerusalén hay un barrio exclusivo para judíos?

–¡No! En este barrio vivían más árabes que judíos, pero lo llamaban así. Tenía muchos amigos palestinos, vivíamos en paz, como hermanos. Los hombres trabajaban y las mujeres preparaban las comidas y en la noche compartíamos la comida, los dulces, jugábamos cartas y dominó y los niños jugaban en el patio de la casa, no había problemas. Todo terminó cuando Israel expulsó a los palestinos. Ya el barrio no es el mismo de antes.

–¿No volvió a ver a sus viejos vecinos palestinos?

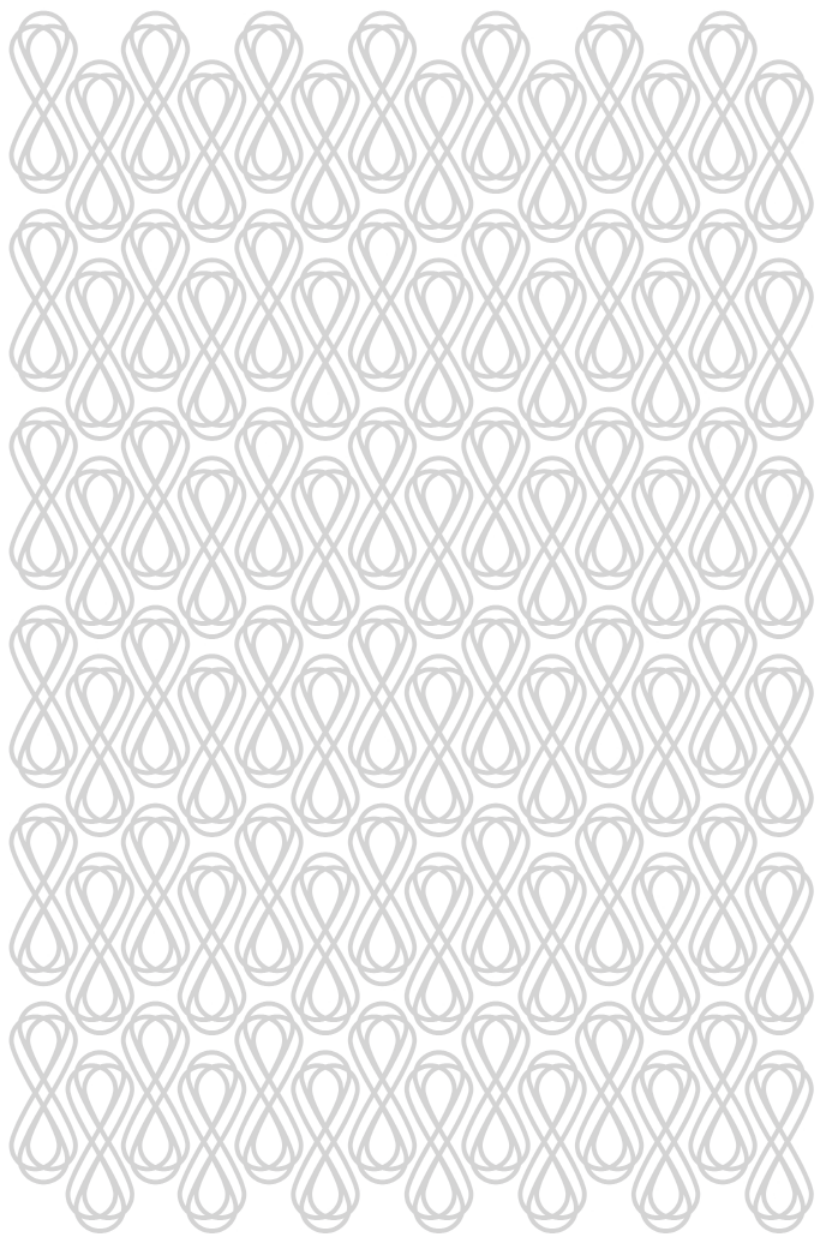
–De todos ellos quedaron dos familias que se mudaron a la zona árabe de Jerusalén. Con ellos pudimos encontrarnos después de 20 años, en 1967, cuando Israel ocupó el resto de Jerusalén. Las heridas siguen abiertas. Solo con justicia se puede hacer la paz. Añoro aquellos viejos tiempos –prosiguió el hombre– porque mis nuevos vecinos que habitan en las casas de los palestinos expulsados son de diferentes países y de diferentes culturas y costumbres, y, a pesar de todos estos años, no me identifico con ellos y, como me ves, mi tiempo libre lo paso en la Ciudad Vieja.

–Señor, si la mayoría de los judíos de Israel pensarán como usted habríamos ahorrado mucho dolor y muertes y juntos habríamos hecho de esta tierra la cuna de la paz y prosperidad.

Le di la mano al señor y regresé a buscar a mi madre. Nos sentamos en un restaurante, ella y mi primo estaban felices porque pudieron rezar en la mezquita de Jerusalén. Decían: «¡Gracias a ti, señor americano, pudimos entrar a Jerusalén! ¡Esta es nuestra realidad bajo la ocupación!, ¡esto se llama discriminación!».

¿En qué parte del mundo el acceso a los lugares sagrados es restringido para una comunidad y permitido para otra, a pesar de que todos tienen el mismo Dios, el mismo cielo, el mismo aire y el mismo sol? Estas prácticas racistas y de apartheid son la cara invisible de Israel...

A los palestinos que viven fuera de Jerusalén se les prohíbe visitar esta ciudad santa, tampoco les permiten llegar a los lugares santos, sean musulmanes o cristianos; sin embargo, los judíos tienen libre tránsito. Es otra forma de practicar el apartheid israelí.



Quinto día

El viaje al mar



El mar Mediterráneo, la costa palestina, queda a una hora de mi casa. A mis sobrinos nunca les dejaron visitar su mar ni las ciudades de Haifa, Yafa, Acre, Nazaret ni el lago de Tiberíades. Solo lo ven en fotos o en tarjetas postales. Les propuse visitar el mar; para ellos significaba una gran emoción y a la vez una misión imposible porque el gobierno israelí no les permite visitar estos lugares.

Como son muchos sobrinos fue necesario alquilar un autobús de 28 pasajeros. Se dividieron en dos grupos: los primeros 28 para el viaje del primer día, y los otros para el del día siguiente. Contacté a un palestino de Jerusalén, dueño de un autobús con placa amarilla, y le expliqué la situación y el viaje que queríamos hacer en los dos días. El hombre me advirtió que nos podían descubrir en cualquier parte y corríamos el riesgo de recibir sanciones fuertes, ¡por entrar a nuestras ciudades de forma «ilegal»! Le dije: «No se preocupe, asumimos el riesgo». Acordamos el precio. El hombre nos aconsejó que lleváramos nuestra comida y bebida porque nuestra presencia en cualquier restaurante o venta de comida llamaría la atención y ¡podríamos ser descubiertos!

Temprano en la mañana con nuestra alegría y nuestra comida nos montamos en el autobús, camino a la ciudad de Haifa. Me senté junto a mi mamá y los mayores en la primera fila del autobús, mientras que los jóvenes se sentaron atrás. Al llegar al punto de control, en la ciudad de Kafr Qasim, el conductor se dirigió al puesto militar con mi pasaporte y los carnets de identidad de los de la tercera edad. Ignoramos lo que les explicó a los soldados. Solo había un silencio total en la espera de la decisión de los militares de dejarnos pasar o no. Quince minutos más tarde el chofer se montó nuevamente en el autobús con cara alegre, diciendo: «Lo logramos». ¡La alegría brotaba en la cara de los jóvenes!

Desde la autopista que une Yafa con Haifa pudimos contemplar los paisajes y el mar. A pie del monte Carmelo nos detuvimos para tomar fotos de nuestro mar. Llegó la hora del desayuno. Para no ser descubiertos subimos a una colina del monte Carmelo y, entre los pinos, comimos lo que llevábamos. Desde allá se veía el contraste entre las nuevas y modernas casas israelíes y las de la Ciudad Vieja que habitan los pocos palestinos que no fueron expulsados. También miramos los barcos en el puerto de Haifa.



El mar, uno de los lugares prohibidos para los palestinos.

Más tarde llegamos a la ciudad de Acre. Fuimos a la parte vieja donde la mayoría son palestinos, bajamos, paseamos e hicimos algunas compras. Visitamos la mezquita de Jezzar Pasha y la ciudadela.

De regreso pasamos por Nazaret y visitamos la casa de la Virgen María donde está construida una gigantesca iglesia con las imágenes de las vírgenes de varios países. Al salir de la ciudad de Nazaret, bajamos a descansar un poco y a comer en los campos de olivo. Luego seguimos nuestro recorrido que, para la gran mayoría, ¡era la primera vez! Después volvimos a nuestro pueblo.

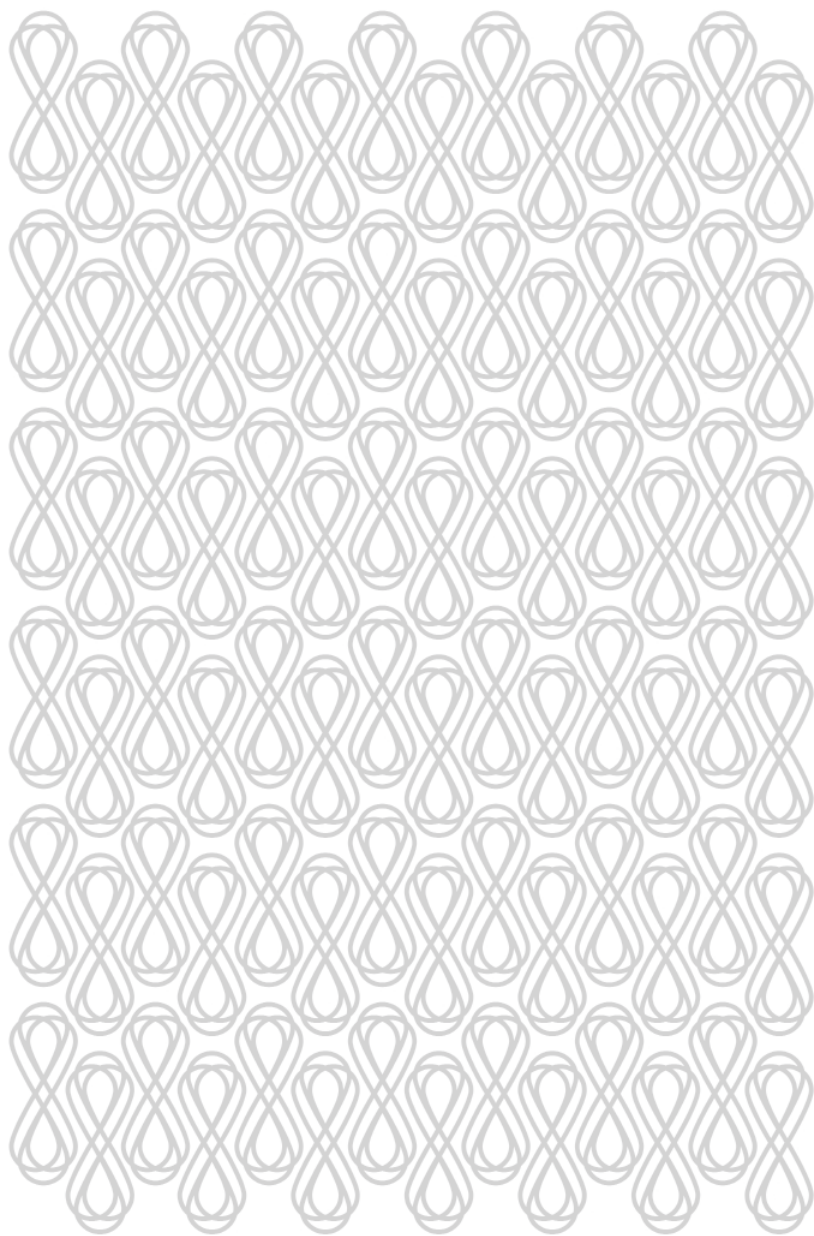
Este día produjo diversos sentimientos: nostalgia en los viejitos, alegría en los niños e impotencia en los adultos.

Al día siguiente, con el otro grupo tomamos la ruta para llegar a la frontera entre Palestina y el Líbano, los Altos del Golán, el río Jordán y el lago de Tiberíades. Para nuestra suerte, en el lago solo había una familia de origen palestino bañándose, y con mucha alegría y tranquilidad los que quisieron se bañaron en el lago, otros cantaban y otros jugaban. Fue emocionante para los sobrinos que nunca habían visto el mar ni el lago. Hasta la fecha, fue su primera y última vez.

Nos robaron la tierra y el mar, pero no nos pueden robar el sol ni el aire. Para triunfar hay que arriesgarse y seguir adelante. Nuestro sentido de pertenencia a nuestra tierra y a nuestro mar ¡es amor con dolor!

El estado de ocupación israelí tiene a Palestina y a sus habitantes divididos en diferentes zonas y diferentes condiciones. Las zonas ocupadas en 1948 están bajo la jurisdicción del estado de Israel y los palestinos que aún allí se encuentran tienen la ciudadanía israelí, pero no gozan de los mismos derechos de los judíos. Los de Cisjordania están bajo el régimen militar y no gozan de ningún derecho ni servicio público como salud, educación, agua, luz y están privados del libre tránsito por todo el territorio nacional. El ingreso a las zonas del 48 y Jerusalén está prohibido para ellos. Incluso el amor y los matrimonios entre los habitantes de Cisjordania y las zonas del 48 y Jerusalén está prohibido. Visitar el mar y los lugares sagrados también está prohibido.

Sin embargo, las autoridades del estado de ocupación y los gobiernos europeos se jactan de calificar a Israel como estado democrático y protector de los derechos humanos.



Sexto día

El muro de la vergüenza



Acepté una invitación para almorzar en casa de un amigo en el pueblo de Beliin, en la provincia de Ramala –este pueblo lo visité varias veces antes de salir de Palestina–. Al llegar al pueblo, justamente en la entrada me estaba esperando mi amigo Kamal, ya casado y con tres hijos. Me llevó a una casa recién construida. En compañía de frutas y té comenzamos a preguntarnos por nuestras vidas (trabajo, familia y los recuerdos de nuestra juventud). Le pregunté por sus viejos. Se levantó con su mano derecha estirada señalando hacia el horizonte: –¿Ves aquel muro? Detrás del muro quedó mi vieja casa, mis padres, mi infancia, mi escuela y mis sueños. Porque ese muro de concreto armado y de ocho metros de altura y 680 Km. de trayecto que construyó Israel, «con el pretexto de separar palestinos de israelíes», lo que en realidad separa es palestinos de palestinos.

Mi casa está fuera del muro y mis padres dentro del muro. Mi trabajo está fuera del muro y la escuela de mis hijos dentro del muro. El consultorio médico fuera del muro y la farmacia dentro del muro. Mi tía dentro del muro y su hijo fuera del muro. ¿Cómo hacen para vi-

sitarse o para pasar de un lado a otro? A través de una sola puerta que abren de siete a ocho de la mañana, se cierra y la vuelven a abrir de seis a siete por la tarde, eso si los soldados de guardia están de buen humor. Muchas veces, si estás dentro del muro y tienes una emergencia después de las siete tienes que aguantar tu dolor hasta la mañana siguiente. Cuentan de mujeres que dieron a luz en su casa por no poder salir. ¡Esto es igual a los guetos de Varsovia! Sus abuelos sufrieron la opresión nazi pero los hijos y nietos están haciendo lo mismo con nosotros.

Todos los viernes protestamos contra el muro con cantos y pinturas de murales y ellos nos lanzan bombas lacrimógenas y balas, agregó Kamal.

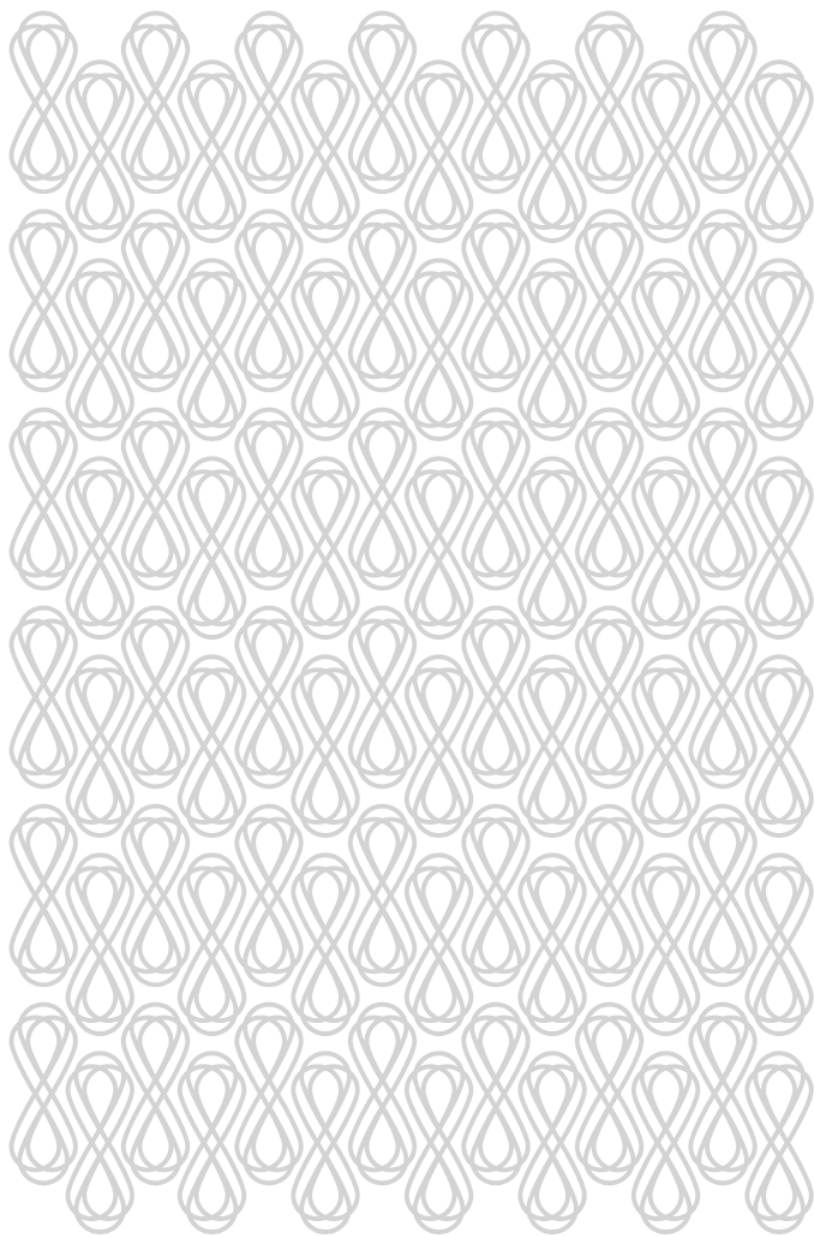
Miles de hectáreas de los campesinos palestinos quedaron detrás del muro y son confiscadas por el ejército y sus colonos para construir nuevos asentamientos.

Para hacer la paz con tu vecino hay que construir puentes y caminos, no muros y murallas. Israel con su muro de separación racista pretende asfixiar, humillar a los palestinos.

Hace seis años la Corte de La Haya ordenó la demolición del muro por considerarlo ilegal. Nuevamente Israel hace caso omiso a los organismos internacionales y al mundo entero.



El muro que separa “a los palestinos de los palestinos”.



Séptimo día

La partida



Mi vuelo Tel Aviv-París salía a las seis de la mañana. La noche anterior comenzaban a llegar a mi casa los familiares y amigos para despedirme. Previamente había contactado a Jacobo, el mismo taxista israelí que me llevó del aeropuerto a mi casa el día en que llegué. Pero él me exigió dos condiciones para hacer el viaje: la primera, pagar el doble por la carrera, y la segunda que lo esperara a la entrada del asentamiento. Explicó que no quería llegar al pueblo de noche porque ¡era peligroso para él! No tenía alternativa porque los taxistas palestinos o los vehículos de mi familia no pueden entrar al aeropuerto israelí.

A pesar de la luna llena, las estrellas y el clima agradable, las lágrimas y las tristes miradas reinaban en el ambiente. Unos decían: «Te deseamos feliz viaje, regresa pronto, doctor». Otros decían: «No nos olvides». Otros advertían: «Tal vez, es la última vez que nos vemos» (al parecer, acertaron). Otros decían: «Debemos tener fe y esperanza en Dios de que algún día tengamos nuestra independencia y libertad».



El contraste de un hermoso país.

Mi madre estaba presente y ausente a la vez. Presente porque estaba sentada a mi lado y ausente porque en su mente estaban los años de ausencia del pasado y los años de ausencia que marcarían el futuro. Tal vez, ella presentía que esta iba a ser la última vez que los israelíes me dejarían visitar la patria.

Al acercarse la hora de partir, mi madre rompió su silencio y en voz bajita me dijo: «Hijo, Dios te bendiga. Tú te vas y detrás de ti quedarán muchos sobrinos que tienen que ir a la universidad. Sus esperanzas y su futuro dependen de lo que hagas por ellos. Hijo, tú eres inteligente y no necesitas mucha explicación». Le con-

testé: «Madre, tus palabras no son sugerencias para mí, son órdenes, y cuenta con eso». Se levantó de su asiento y trajo una cesta llena de higos y uvas, para que la llevara conmigo en el avión como maleta de mano. Fue el mejor regalo de esa noche.

Llamó Jacobo avisándome que en media hora iba a estar en la entrada del asentamiento de Ariel, al otro lado de la colina. Me despedí de todos y un taxista del pueblo me llevó donde me iba a encontrar con Jacobo. Cuando llegamos, el taxista se tuvo que ir enseguida: no podía estar parado frente al asentamiento ni transitar por la avenida porque es palestino y su carro tiene placa azul.

Con temor y preocupación esperé que llegara Jacobo. Nos dirigimos al aeropuerto. Como a 500 metros antes de entrar estaba la alcabala del ejército. Chequearon el carro, la maleta y los documentos. Como de costumbre, marcaron mi maleta y pasaporte con calcomanía roja. Le pagué a Jacobo, me despedí de él y me dirigí con mi maleta a la puerta. Allá dos hombres me estaban esperando. Me pidieron la llave del candado de mi única maleta, me llevaron a una oficina y la maleta a otra.

El interrogatorio era fastidioso y fatigoso porque las mismas preguntas se repetían una y otra vez. Un agente de seguridad salía, otro entraba, y todos hacían lo mismo. Igual que varios violadores para la misma víctima. Mi gran preocupación era la hora y que el avión me dejara. Creo que fui el último pasajero en ser chequeado.

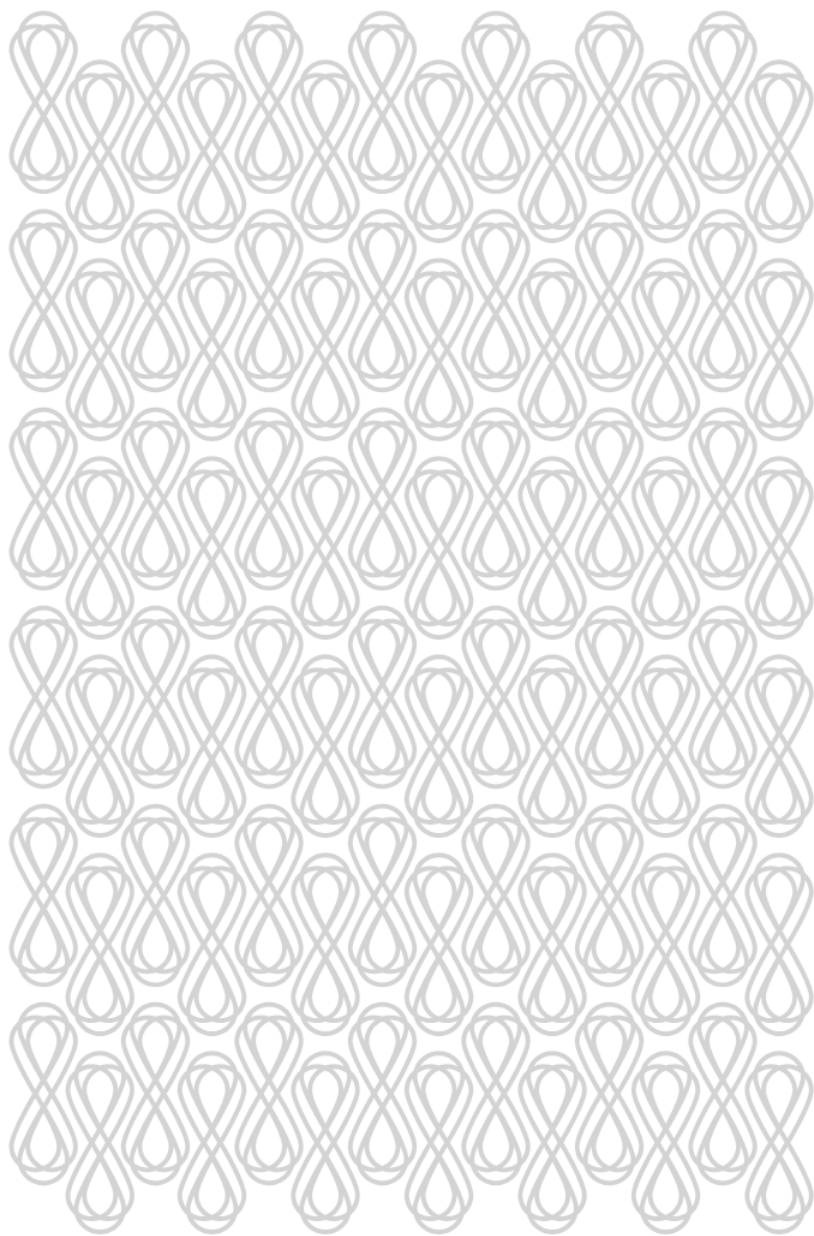


Hanieh Yousef, madre de Yehad, falleció el año 2021.

Dejé mi cesta en la sala de espera porque pesaba como ocho kilos y fui a tomar un café. Minutos más tarde vi a cinco policías con un perro rodeando mi pobre cesta. Dejé mi café servido y expliqué a los policías que la cesta era mía y la podían chequear si querían. El oficial dijo con voz regañona: «Tú sabes que no puedes dejar objetos sospechosos». Le contesté: «Pero esta cesta pasó por todos los controles. Además, estoy cansado y solo me fui a tomar un café enfrente». «Tienes que llevarla siempre contigo», insistieron.

Las miradas y gestos de los demás pasajeros me intimidaban. Creo que era el único palestino entre la multitud.

El exceso de seguridad de Israel y su temor a los palestinos tiene una explicación: quien no la debe, no la teme. Quien teme a sus vecinos y se cuida de ellos, algo les robó. A alguien mató y maltrató. Nos robaron la tierra, la vida, nos violan nuestros derechos humanos. Nos asesinan, nos humillan, nos asfixian, por eso nos temen y nos vigilan.



Fin del viaje



Después de la desaparición de todo tipo de ocupación colonial en el mundo entero y la liberación y la independencia de todos los pueblos, hoy, en el siglo XXI, el pueblo palestino sigue padeciendo de la ocupación colonial israelí más cruel de la historia de la humanidad.

Un plan de limpieza étnica desde 1947.

Este es un régimen de apartheid más cruel que el sudafricano, porque en Sudáfrica había una minoría blanca que ejercía el racismo contra una mayoría negra; sin embargo, el estado de ocupación colonial israelí, con mayoría judía, aplica el racismo contra la minoría palestina. Además, confisca las tierras, destruye las casas y expulsa a los nativos y priva el derecho del retorno a millones de refugiados que el ejército israelí expulsó.

La vida diaria de un palestino bajo la ocupación está llena de peligro, humillación, sufrimiento y represión, dificultad para transitar entre los pueblos y ciudades, restricciones para

visitar los lugares santos en Jerusalén, limitaciones para conseguir trabajo, imposibilidad de construir una casa por falta de permiso de construcción de la potencia ocupante, y si te otorgan un permiso de construir tu casa te lo dan con una nota: «usted es inquilino pero no propietario». O sea, en cualquier momento te la pueden quitar.

Lo que aspira el pueblo palestino es el fin de la ocupación, la retirada del ejército y sus colonos de las zonas ocupadas en 1967, el retorno a sus casas y tierras de todos los refugiados que fueron expulsados en 1948, la creación de un estado palestino independiente, con Jerusalén como capital, y la igualdad de derechos civiles, políticos, sin ningún tipo de distinción de religión, color o género, para la construcción de un estado laico, democrático para palestinos e israelíes sobre toda Palestina.



